

BIBLIOTECA DE LA "SOCIEDAD DE HOMBRES DE LETRAS DEL URUGUAY"

VI

CARLOS MARIA RAMIREZ

*Apuntes y
Discursos*

MONTEVIDEO

1 9 4 8

Imprenta "Gaceta Comercial"
Plaza Independencia 717
Montevideo

*Señor Don José Joaquín de Urquiza
D. J. Francisco Acunelli*

IMPRESA DE
MONTAÑA DE LA PLATA
1854

*Señor Socio Fundador
D. J. Francisco Acunelli*

SOCIEDAD DE
HOMBRES DE LETRAS
DEL URUGUAY

APUNTES Y DISCURSOS

BIBLIOTECA DE LA "SOCIEDAD DE HOMBRES DE LETRAS DEL URUGUAY"

VI

CARLOS MARIA RAMIREZ

*Apuntes y
Discursos*



MONTEVIDEO

1 9 4 8

GRANDEZA E INFORTUNIOS DE BOLIVAR

(Conferencia pronunciada en el "Ateneo" el 24 de julio de 1883)

Señoras y señores:

Simón Bolívar es indisputablemente la figura excelsa de la independencia sudamericana. ¿Cómo podría yo levantar mi voz débil y opaca a la altura de su resplandeciente esfera? Sólo él mismo, favorecido con todos los dones del talento humano, era digno y capaz de traducir en acentos articulados la inmensa reverberación de su gloria, en cuyos rayos iba también envuelto el heroísmo de los ejércitos, la abnegación de los pueblos y los trofeos de la libertad del mundo. Aquiles de una nueva Iliada, tuvo la rara fortuna de ser su propio Homero por las proclamas con que fanatizaba a sus soldados, por las arengas con que deleitaba a ciudades y aun por la vasta correspondencia epistolar en que trazaba los rumbos de la cruzada americana a sus egregios compañeros de armas esparcidos desde el mar de las Antillas hasta las vertientes andinas del Plata.

Contemplamos a Bolívar en la más alta cima de su gloria, cuando ya cubierto con los laureles de la libertad de Nueva Granada y Venezuela, tiende las alas de su genio hacia las regiones del Sur, buscando presa de los dominadores de América hasta en los lindes de la antigua capitania de Chile y dentro del antiguo Virreinato de Buenos Aires.

¿Quién se sentiría capaz de igualar la simplicidad homé-

rica de las palabras inmortales en que el grande hombre, al volver a Bogotá, condensa las hazañas y victorias que han deslumbrado al mundo? Escuchadlo:

“Colombianos! Cinco años há que salí de esta capital para marchar a la cabeza del ejército libertador desde las riberas del Cauca hasta las cumbres argentinas del Potosí. Un millón de colombianos y dos repúblicas hermanas han obtenido la independencia a la sombra de nuestras banderas, y el mundo de Colón ha dejado de ser español. Tal ha sido nuestra ausencia”.

Y si quisiéramos conmovier las fibras delicadas del corazón de la mujer con el soplo augusto de las sangrientas glorias militares, ¿cómo podríamos asimilar en nuestro acento aquella gracia heroica con que el Libertador respondía al homenaje de las vírgenes peruanas en la ciudad de Arequipa?

“En quince años de combates por la libertad, les decía, vuestra suerte ha estado constantemente alimentando el valor de nuestros soldados. ¡Las hijas de América sin patria! ¡Qué! ¿No había hombres que la conquistaran? Esclavos vuestros padres, esclavos también vuestros hijos. ¿Hubiéramos podido resistir tanto baldón? ¡Nó! Antes era preciso morir. Millares y millares de nuestros compañeros han hallado una muerte gloriosa combatiendo por la causa justa y santa de vuestros derechos... Y esos soldados que hoy reciben de vuestras manos un premio celestial, vienen desde la costa del Atlántico buscando a vuestros opresores para vencerlos o morir. Hijas del Sol: ya sois tan libres como hermosas. Tenéis una patria iluminada por las armas del ejército libertador; libres son vuestros padres y vuestros hermanos; libres serán vuestros esposos, y libres daréis al mundo los frutos de vuestro amor”.

Oh! Qué pobre vanagloria debe parecernos el esfuerzo de la palabra trabajada para celebrar las glorias ajenas, cuando

estudiamos de cerca a estos hombres extraordinarios, idea y acción, fuerza y encanto, omnipotencia y arte; que reúnen al terrible prestigio de la acción política y militar el seductor prestigio de la creación literaria; que hacen historia con sus grandes actos y la escriben con caracteres de oro; que ganan heroicamente las batallas y las pintan en lienzos imperecederos; que son la más bella figura de su época y los más perfectos escultores de su propia estatua!

Bajo este concepto, para encontrar grandezas comparables con la grandeza de Bolívar, necesitamos nombrar a Julio César, a Federico II, a Napoleón.

¡Napoleón! Bolívar tenía diecisiete años y se encontraba en París cuando el héroe de Italia y de Egipto, joven y puro todavía, tomaba con mano firme las riendas de la Revolución Francesa y asombraba al mundo con la maravillosa alianza de la suprema inspiración en los campos de batalla y la más alta sabiduría en los Consejos de Gobierno. Aquella vista de deslumbrante gloria decidió los destinos de Bolívar. Guerrero, legislador, innovador del mapa de las naciones, jamás supo Bonaparte que ante las muchedumbres agrupadas al paso de su carro triunfal palpitaba el corazón de un eriollo americano que lo seguía anhelante, extático, abriendo el alma a los delirios de una ambición gigantesca, soñando ya con emular las glorias napoleónicas en la emancipación y organización del nuevo mundo.

El alma de Bolívar, cuentan sus biógrafos, sufrió una decepción profunda cuando Bonaparte, traicionando a la Revolución, trocó el cívico laurel del primer Cónsul por la Corona imperial de Carlomagno. Bolívar estaba en París cuando Bonaparte recibió esa Corona de las manos del Papa; estaba en Milán cuando Bonaparte se coronó Rey de Italia, y asistió a casi todas las fiestas que las ciudades italianas tribu-

taban a su Rey francés, al vencedor de Austria, con pompas que la tierra no había presenciado desde el tiempo de los conquistadores asiáticos. ¿Para resistir a estas fascinaciones potentes, Bolívar se detuvo largos días en Roma desentrañando la grandeza del espíritu republicano en los sitios y monumentos históricos de la Ciudad Eterna? El Aventino lo atraía con misterioso encanto; sentía allí bramar bajo sus pies las viejas tempestades populares, en tanto que a su alrededor Italia, Europa, caían de rodillas ante el férreo corso.

Fue allí, en la cumbre del Aventino romano, donde Bolívar juró la libertad de América. Pero esta noble consagración de la gloria, cuyos espejismos ya iluminaban su alma, no bastó para librarlo del prestigio con que a la humanidad avasallaba la leyenda napoleónica. Vedlo, pues, en las brillantes jornadas de su vida! Corre ciego en pos de la fama; gusta de la pompa con deleite; todos los horizontes la parecen estrechos, y se deja arrastrar por las intemperancias del genio, dañando la solidez de sus obras por la dilatación y magnificencias que se complacía en darles. Guerra, legisla, renueva el mapa de las naciones. Tiene por ideal de gobierno el consulado vitalicio; aspira a implantarlo en América desde el Cabo de Hornos hasta el Istmo de Panamá, y necesita apelar a toda la energía de su corazón republicano para repeler la Corona Imperial, que bulle siempre delante de sus ojos y lo atrae a veces con vértigos de abismo. ¿Qué corona también la que le ofrecían sus más ilustres y poderosos contemporáneos: El Emperador de los Andes!

¿Qué título en la tierra podría igualar a ese título? Y de existir, ¿quién pudiera llevarlo con más honor que Simón Bolívar? Sublimes arranques de orgullo salvan al grande hombre de las vacilaciones del trono. Oídlo:

“Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco quiero

imitar a César; menos a un Itúrbide. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo”.

Mas ¿quién eres tú, adolescente audaz, criollo oscuro de América, para soñar, perdido en los cortejos de Napoleón I, con los más inmarcesibles lauros de la gloria? ¿Quién eres tú, para jurar en la cumbre del Aventino la libertad de un mundo? ¿Sientes en tus venas el fuego del tribuno que electriza el corazón de los pueblos? ¿Sientes en tu brazo la fibra del héroe que acaudilla los ejércitos y los conduce al campo de la victoria? ¿Sientes en tu cabeza el genio político y guerrero que sabe destruir y levantar imperios en el mundo? Asimismo, ¿qué pueblos son los que te aguardan? Pobres colonias divididas entre sí, sumergidas en la ignorancia y el fanatismo, uncidas al carro de la obediencia ciega. ¿Cómo formarás ejércitos de insurrectos para librar batallas a los valientes y aguerridos ejércitos castellanos? ¡Nuevo Prometeo! ¿Qué nueva humanidad pretendes amasar y animar a tu antojo en las cimas inaccesibles de los Andes?

He ahí la grandeza incomparable de Bolívar. Para él no tenía misterios el futuro. Contempló cara a cara el ideal de los tiempos lejanos. Sintió profundamente la misión redentora que le confiaban los destinos de todo un continente, todavía inexcrutables para el vulgo de los mortales, y se lanzó a realizarlos con una fe y una constancia heroica, que no han sido sobrepasadas en los anales de la historia.

Sí, porque Bolívar no fue de esos advenedizos livianos, improvisaciones burlescas del crimen y el acaso, a quienes la fortuna, caprichosa cortesana, brinda fáciles y efímeras caricias en el lecho prostituído de las ambiciones bastardas.

Bolívar, antes de ser el héroe de las grandes glorias, fue

la víctima de los grandes infortunios, y estaba escrito que volvería a serlo al terminar sus días.

Durante largos años hubiérase dicho que el espectro de la derrota precedía o acompañaba sus pasos. Si por un momento le sonreía la victoria, era como si el destino le tendiese celadas para arrojarlo después con más estrépito por el despeñadero de pavorosos contrastes. Todos maldecían su estrella; muchos dudaban de su genio; algunos lo llamaban cobarde. Mas él, seguro de su porvenir y del porvenir de América, miraba con desdén aquellas vanas resistencias de la suerte a la sanción final, ineluctable, de los altos decretos que había adivinado su genio.

No hay en toda su existencia, mientras tiene dueños América, un solo instante de reposo, de decepción o de dudas. Su fe es como el granito de la montaña; su entusiasmo, como la lava de un volcán inextinguible; su actividad, como la furia de un torrente inagotable.

Sufre y persevera, cae y se levanta; sucumbe y renace cien veces hasta que la victoria, doblegada por esa constancia sobrehumana, viene a rendirse a sus pies, jurándole fidelidad eterna. El mundo entero lo contempla trozando cadenas, creando naciones con el golpe de su espada. Se le verá por los siglos de los siglos fulgurando en todas las crestas de los Andes, es decir, en las mayores alturas del mundo y de la historia.

Dos rasgos de la vida de Bolívar pondrán de relieve esta faz asombrosa de su grandeza moral. Durante las primeras insurrecciones de Venezuela, al comenzar el año de 1812, la causa realista obtenía grandes ventajas. Un horrible accidente de la naturaleza vino a favorecerla inmensamente. El 26 de marzo, un jueves santo, a la hora en que los templos rebosaban de fieles, la tierra abrió sus abismos para sepultar a Caracas y otras ciudades venezolanas. Al punto la visión

tánto temor moral causó, que pareció murmurar al oído de la credulidad popular que aquella catástrofe era el castigo que la cólera de Dios infligía a la colonia rebelada contra su Rey. Pero Bolívar estaba allí, aunque todavía oscurecido por la gloria universal de Miranda. Se le vio trepar sobre las ruinas de la iglesia de San Jacinto, y encontrándose allí con un realista, lo apostrofó de esta manera: "Si la naturaleza se opondrá, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca". ¡Santa blasfemia! Bolívar cumplió su palabra. Luchó contra la naturaleza y la hizo obedecer. Aquel cuerpo débil, habituado a la molición, subyugado por el imán de los placeres, devorado por la fiebre homicida del genio, tuvo fuerzas para vivir quince años sobre su caballo de guerra, que lo condujo desde Caracas hasta Potosí, al través de los ríos desbordados y de los volcanes encendidos, sobre la nieve de los páramos andinos y del suelo abrasador de los trópicos, bajo el cielo glacial de los ventisqueros y el rayo calcinante del sol del Ecuador.

La naturaleza ha obedecido. Las heladas cordilleras son el camino triunfal de los ejércitos revolucionarios, y el Pichincha, el Cotopaxi, el Chimborazo, colosales antorchas que alumbran las victorias de América. En 1817 la suerte era todavía ingrata con Bolívar. Sufrió en ese año repetidos contrastes, y más de una vez se salvó milagrosamente de caer en manos de los destacamentos realistas.

Cierta ocasión, a orillas del Orinoco, su situación fue desesperada. Había perdido su escuadrilla y se encontraba cercado por el enemigo en el bosque cenagoso de un estero. La muerte parecía segura; pero Bolívar, en el silencio medroso de la noche, alentaba a algunos de sus compañeros de armas diciéndoles que después de libertar a Venezuela necesitaban llevar la libertad a Nueva Granada, al Ecuador, al Perú, y

terminar la Cruzada de Redención en la cumbre del Potosí. Uno de los oficiales que lo oían fue apresuradamente a decir a otros grupos: "Ahora sí que estamos perdidos; el Libertador se ha vuelto loco". ¡Sublime locura! Esas visiones fosfóricas del estero serán realidades históricas. En 1819, con una sorprendente operación, digna de Aníbal o Napoleón, liberta rápidamente el reino de Nueva Granada. En 1820 y 1821 consolida la emancipación de Venezuela. En 1822, sus armas dan carta de libertad a Quito, y con estas tres estrellas, Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, forma la constelación de Colombia. Corre todavía hacia el Sur. En las riberas del Guayas el hijo del Orinoco se encuentra y se abraza con el hijo del Alto Uruguay. Aquellos dos gigantes no podían caber en un solo continente. El noble San Martín inmola sus destinos en aras de destinos que reconoce más altos. Bolívar queda solo. En 1823 acude a Lima para salvar la moribunda libertad del Perú. En 1824 ya el poeta Olmedo puede inspirar su musa en las fulgentes batallas de Junín y Ayacucho, y ve rendir al último Virrey de América precisamente el mismo día en que Fernando VII, juzgándolo victorioso y salvador de aquellos dominios para la Corona de España, lo recompensaba con el título de Conde de los Andes.

En 1825 están muertos o prisioneros todos los jefes realistas del Alto Perú; ha surgido en él una nueva república, y Bolívar va realizando hasta sus más remotas fantasías proféticas, cuando sube al cerro de Potosí, rodeado de sus héroes predilectos, y una vez en la cúspide, tremolando en sus manos la bandera de Colombia, dominando con su mirada de águila el escenario de América, evoca todas las jornadas de su prodigiosa carrera y termina la más hermosa de sus arengas resonantes con estas palabras que descubren la embriaguez infinita de la gloria: "Venimos desde las costas del Atlán-

tico, y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía, formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. Las miserables reliquias de los señores de este mundo estaban destinadas a la más degradante esclavitud. ¡Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos a sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo! En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí, y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pie de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo". Y ahora que el mundo de Colón ha dejado de ser español, ¿está concluido el ministerio redentor de Bolívar? Entre los compañeros del grande hombre ¿había orientales? Ah! No lo digamos hoy con ímpetu de orgullo, sino con quebranto de melancolía! Entre los compañeros del grande hombre había también orientales. Y era en 1825. El ruido de nuestras cadenas llegaba hasta Bolívar. El primer grito de nuestros héroes conmovió su corazón. Divisaba campos de gloria en las márgenes del Uruguay y anhelaba volar hacia ellos.. Ofreció su espada al Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata; pidió permiso al Congreso de Colombia para venir a estas regiones. No me preguntéis por qué no pudo Bolívar completar su odisea heroica; pero decidme, señores, aquel General argentino que ha ido a Potosí para saludar al Libertador en nombre de nuestros pueblos, ¿no es Carlos María de Alvear? Y Alvear, decidme, ¿no recogió allí de las manos de Bolívar un rayo de Boyacá, de Carabobo o de Junín, para hacerlo vibrar más tarde en las quebradas de Ituzaingó?

Yo quisiera detenerme aquí al recordar la vida de Bolívar. He podido contemplarlo envuelto en un manto de luz, triunfante, ebrio de felicidad. ¿He de resignarme ahora a verlo arrebatado por una nube de duelos y tristezas, que todavía arrancan lágrimas a la historia? Bolívar ya ha libertado a América, pero no le es dado organizarla. Desvanecido el primer impulso con que los pueblos secundaron al Genio de los combates, todo se vuelve contra él. Son sus enemigos invencibles la ignorancia, el fanatismo, la educación servil, la torpe inexperiencia del liberto, la pobreza de las industrias, la languidez del comercio, la dispersión de las poblaciones en vastísimos desiertos. Si fue impotente contra él la naturaleza inanimada, no lo será la naturaleza humana, con sus celos, sus envidias, sus odios, sus apetitos malsanos, sus ambiciones febriles, sus discordias rencorosas y toda esa vil escoria que perturba el corazón de los hombres y que también llevaba alguna de sus fatales impurezas al organismo volcánico de Bolívar. Más infortunado que Alejandro, pudo él mismo asistir al estrepitoso derrumbe de su grande obra. Había querido agrupar grandes naciones y enlazar a todos los pueblos de América con los vínculos de una nueva Liga Anfitiónica, eclipsando el lustre del Istmo de Corinto; y entre tanto... todo el prestigio de su espada es completamente impotente para contener la desmembración de sus propias creaciones, y en vez de fraternizar, se despedazan en luchas oscuras, como gladiadores de circo.

Había querido hermanar la libertad con el orden, con instituciones muy sólidas, y se veía condenado, o a cruzarse de brazos ante la furia devastadora de la anarquía, o a presentarse ante los pueblos con el estigma de la odiosa dictadura. Era el Libertador y se le llamaba Tirano. Es que había sonado la hora de las ingratitudes populares. América cru-

cificaba a su Mesías. Hubo pólvora americana para descargar la muerte en una encreujada de los Andes sobre el Gran Mariscal de Ayacucho, el inmaculado Sucre, y el mismo Bolívar se libraba con humillación del puñal de los asesinos, afilado en nombre de la libertad.

La República de Bolivia, libertada y creada por las armas colombianas, juzga que para ser más libre necesita expulsar de su seno a todos los soldados de Colombia. El Perú, salvado de la reconquista por las armas colombianas, estima que para afianzar su independencia necesita declarar la guerra a los colombianos. ¿Y Colombia? Colombia cae en fragmentos. Venezuela, tierra nativa del Libertador, rompe el pacto nacional. Eso no basta. Intima a Nueva Granada para que expulse de su territorio al General Bolívar. Nueva Granada tolera apenas al Libertador, porque allí está la formidable cohorte de los Generales que han sido vitoreados por casi todas las ciudades de América. ¡Ah! Tenga fin su suplicio. Dejad que Bolívar resigne el mando supremo; no lo manchéis ofreciéndole la soberanía del motín militar. Dejad más bien que se vaya a morir solitario en Santa Marta a la orilla del inmenso océano, para que el rumor de las olas y los vientos ensordezca la grito airada de los pueblos que lo repudian y lo insultan.

¡Qué trágica y dolorosa historia! Shakespeare. Cuando escribías el doloroso y formidable drama del *Rey Lear*, creías haber agotado la hiel de los dolores humanos. ¡Oh! Si tú pudieras escribir el drama del Libertador Bolívar! Las hijas que reniegan de él, que lo persiguen y ultrajan, son naciones que él ha hecho surgir a la vida de la Libertad, y a su lado no hay una dulce y angelical Cordelia que mitigue sus penas, porque la gloria no es consuelo de los moribundos, sino genio tutelar de los sepulcros.

Hoy ella le levanta estatuas. Hoy le celebra centenarios.
¡Sombra de Simón Bolívar! América todavía sufre. Por sus
sufrimientos perdona sus ingraticudes!

SOBRE EL "FACUNDO"

Doce o trece años hace, entraba en mi *saudosa* vivienda de estudiante, a paso apresurado, con rostro alegre y un pequeño volumen bajo el brazo. Era el "Facundo o civilización y barbarie", edición entonces agotada, que buscaba de meses atrás con interés, y que un amigo me había facilitado en aquel día. Abierto el libro, no fue posible que lo cerrase antes de haber devorado y saboreado sus páginas, con indescriptible emoción. La hora de la comida, la de las clases universitarias, las del sueño, todas transcurrieron sin interrumpir aquella lectura "encarnizada". Leía una página, y deseaba volver a leerla, y más deseaba conocer la página siguiente; y así, aguijoneado mi espíritu por ese doble estímulo, no llegué al final de la obra sino para volver a empezarla con idéntica avidez. Desde entonces, siempre que emprendo un viaje, ese libro me acompaña. Es una función de teatro que va pronta en la valija de mano; un depósito siempre fresco de emociones, a cuyo influjo no resiste ni el hastío ni el cansancio. Bosquejo, improvisación, lo he llamado en otro escrito, agregando, sin embargo, que me parece una obra inmortal. Acaso no hay en él una sola página que la crítica severa pueda considerar correcta, ni una sola doctrina que la filosofía de la historia acepte sin beneficio de inventario. Ostenta, en cambio, bellísimas intuiciones de artista al lado de observaciones de pensador profundo; sínte-

sis gigantescas alternadas con generalizaciones vastísimas, y en medio a todo un colorido sólo comparable, a mi juicio, con el de las resurrecciones históricas que la literatura moderna debe a Michelet. Vibran allí todas las cuerdas del corazón humano; palpitan allí todos los problemas de la sociedad moderna. ¡Libro singular! ¡Se lee en media docena de horas, y deja impresiones y pensamientos para toda la vida!

1873.

*EN LA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA
EDUCACION POPULAR*

Señores:

Conocedores de la reunión que iba a tener lugar con motivo de la lectura dada por D. José Pedro Varela, varios amigos, y él entre ellos, concebimos la idea de iniciar en ella la formación de una Sociedad que tuviese por objeto primordial consagrarse a la causa de la educación popular. Esos amigos me han hecho el honor de constituirme en su intérprete para con vosotros, y yo he aceptado ese honor confiado en que sabréis apreciar y valorar la idea, no por la insignificancia del que en este momento es su órgano, sino por la importancia y la significación que la idea tiene en sí.

A veces, sentimientos individuales, aspiraciones aisladas, elementos dispersos, esperan sólo para reunirse en un propósito común y conseguir los maravillosos resultados del esfuerzo colectivo, una pequeña iniciativa, un leve impulso, una mano que levante la bandera de la asociación.

Hijos de una nación que tiene por ley y por ideal la democracia, traicionaríamos todos nuestros deberes, nuestros sentimientos, nuestras tradiciones, si no dirigiéramos las fuerzas —cada uno en la esfera de sus medios y de sus ideas— a preparar el trabajo que ha de dar a la patria el nombre merecido de República, que ha de hacer de la ley un culto y del ideal una realidad hermosa.

Quiero creer que a ese trabajo se dirigen siempre nuestras fuerzas; pero en todo caso es necesario confesar que se dirigen aisladas y dispersas, sin vínculos de cohesión moral, sin dirección y sin discernimiento.

No hay por qué ocultar, señores, la realidad de las cosas; la verdad es siempre útil.

Divisiones y antagonismos tradicionales, elementos de disolución que se reciben con la sangre y se respiran en el aire, reducen al desconcierto y a la inacción las fuerzas vitales del cuerpo social, realizándose de este modo en todo su rigor el histórico apólogo de Menenio Agripa.

Todos, cual más cual menos, como el misterioso Lara de Lord Byron, llevamos en el alma la sombra tal vez quimérica de un pasado borrascoso cuyo recuerdo, cuyas viejas pasiones, cuyos delirios extraviados nos imposibilitan para la acción, nos alejan con irresistible influencia de una nueva vida que concebimos y deseamos.

¿No hay remedio al mal? ¿Son insalvables las barreras? El aislamiento, la disolución y la impotencia ¿serán nuestro modo de ser normal y permanente?

Hemos pensado que nó, señores. Hemos pensado que había un propósito elevado, noble, supremo, capaz de reunir todas las voluntades en una aspiración común hacia el bien, salvando de una manera absoluta las divisiones, las susceptibilidades y las divergencias individuales del momento.

Este propósito hemos creído encontrarlo en lo que Horacio Mann llamaba *la causa de la educación popular*.

Dejemos el presente; no toquemos ese cuerpo dolorido y lacerado que pide, como el mayor de los bienes, como el más eficaz de los remedios, el sosiego y la quietud.

Vayamos a buscar el porvenir, cifrado en la suerte de las generaciones que nacen a la vida; en la educación de esos millares de niños que vienen con el anhelo de la paz a engrosar las filas raleadas de la guerra civil.

Acabáis de escucharlo. Más de cuarenta mil niños yacen en la ignorancia, en el abandono, en la abyección. Ese aluvión funesto se va a reunir bien pronto a los escollos y malezas que de tiempo inmemorial vienen deteniendo y quebrantando la corriente de nuestra civilización política y social.

Un gran estadista ha dicho: El padre que lanza al mundo un hijo sin educación, roba a la comunidad un ciudadano útil y le lega un estorbo.

Y bien, señores; en las democracias el pueblo es el padre del pueblo. El pueblo que deja a sus hijos sin educación, roba a la patria ciudadanos y bienhechores; le lega enemigos y verdugos.

Como inmensas planicies de desierto que reclaman las grandes manifestaciones de la vida, se presentan a nuestros ojos millares de niños a quienes es necesario conquistar para las instituciones, para la civilización, para la verdad, para la luz.

Esas son las grandes cruzadas a que hoy se dirigen con anhelo y entusiasmo los pueblos que aman el progreso; y en verdad que al fin de la jornada se encontrará algo más que el sepulcro de Jesucristo: se encontrará su espíritu de vida, la conquista de su ideal, la realidad de sus visiones.

La República del Norte marcha a la cabeza con su estandarte desplegado a todos vientos, y los pueblos fijan en ella su mirada y sus esperanzas.

Veid ahí una nación en que todos piensan, todos leen,

todos trabajan, todos inventan, todos aman a Dios, a la patria y a las instituciones.

Pues bien; en esa colosal colmena la educación es *la reina* que fecundiza y forma todas las fuerzas de la vida y del progreso.

Allí, una actividad incesante, una iniciativa prodigiosa, un entusiasmo sin límites sostienen y alimentan la grande obra de la educación popular, en tal forma, que se calcula que en Estados Unidos pocas industrias tienen empleados tantos capitales, tantos hombres, tantos elementos como las escuelas públicas y gratuitas.

Poderes federales, legislaturas, municipalidades, asociaciones particulares, sectas religiosas y políticas; todas las fuerzas de la sociedad, en fin, se hallan enteramente consagradas a mantener el fuego sacro, que si se llegara a extinguir, extinguiría al mismo tiempo el progreso y la vida de la República.

Vienen después las munificentes generosidades de los ricos. Ayer era Cooper quien fundaba y mantenía con sus propios recursos el más espléndido *Instituto* que contiene el mundo civilizado; hoy es Peabody quien dona a la educación del pueblo un fondo de tres millones de pesos.

Si de ese espectáculo halagüeño y grandioso pasamos la mirada a nuestra patria, ¡qué ruda transición! ¡qué desengaño!

Apenas algunas corporaciones aisladas, cuyos medios de acción, cuyos recursos no guardan ninguna clase de proporción con el buen deseo de que a veces sus miembros se encuentran animados, dedican a la educación del pueblo el escaso dinero con que el Estado *las agracia*.

¡Ninguna sociedad expresamente consagrada a la obra de la educación, o que al menos le dirija una mirada preferente; ninguna dádiva de importancia depositada por los ricos en la urna que encierra el porvenir de la República!

Y no se diga que la comparación es absurda entre la pequeña República Oriental y la gran nación de los Estados Unidos.

Dejemos el todo y estudiemos una de las partes.

El Estado de Rhode Island, el más pequeño de la Unión, con 155 mil habitantes, sostiene más de 500 escuelas gratuitas, paga 700 maestros y educa 40.000 niños.

La República Oriental, con doble número de habitantes, apenas alcanzará a sostener cien escuelas y a educar gratuitamente diez mil niños!

Y todavía es necesario recordar que la mitad de esas escuelas se hallan amontonadas en el recinto de la capital. Hay pueblos de campaña que se pasan seis, ocho meses y hasta un año sin tener escuela por falta de preceptor. Hay pueblo también que jamás ha conocido escuela.

En los Estados Unidos, desde su fundación, se estatuyó que a toda aglomeración mayor de cincuenta familias se impondría una contribución para pagar un maestro que se encargase de los niños.

Y aun es necesario mencionar entre nosotros, como causas de atraso y síntomas de estacionamiento, la indiferencia general que reina en materias de educación, la ignorancia tan común acerca de las grandes cuestiones que se encierran en el arte de transmitir los conocimientos y las preocupaciones aristocráticas que todavía se ceban con la persona humilde pero gloriosa del maestro de primeras letras.

En presencia de estos hechos, que ponen a la República en la imposibilidad de resolver los grandes problemas de su organización futura, hemos creído que alguna iniciativa debía tratar de poner fin a todos esos males. Jóvenes de fe y de entusiasmo, hemos pensado en apelar, y apelamos a la juventud, cuyo distintivo ha sido en todo tiempo la fe y el entusiasmo.

Convirtamos nuestras ideas y aspiraciones aisladas en un centro poderoso de reunión, bajo una dirección común, con una regla uniforme de conducta.

Seremos una *Sociedad de Amigos de la Educación Popular*, y manifestaremos nuestro amor por todos los medios que a nuestro alcance estén, según los recursos que la asociación se ingenie, según los elementos que la protección pública nos preste, poniendo siempre, desde el principio, sin límites, sin restricciones y sin tasa, nuestro trabajo personal, nuestro desinterés, nuestra abnegación.

Por medio de la propaganda, ya en la prensa, ya en reuniones semejantes a ésta; poniendo en juego todas las influencias de que podamos disponer; apelando hasta a los empeños personales, crearemos un movimiento de simpatía hacia la causa de la educación popular; estudiaremos en seguida los problemas de la instrucción, y pondremos en boga las reformas que creamos necesarias o útiles.

En fin; para tratar de llevar a la acción y a la realidad nuestras ideas y nuestros sentimientos, apelaremos a la caridad del pueblo, de las asociaciones, de las corporaciones civiles, y aun de los poderes públicos, para proporcionarnos los recursos que deban ayudar nuestro trabajo personal y nuestras propias dádivas en la grande obra de la educación popular.

Todos sabéis, señores, los nobles sentimientos de este pueblo, que siempre ha respondido con el óbolo de la caridad al llamado de la desgracia. Pocos pueblos sudamericanos están tan adelantados como Montevideo en instituciones de beneficencia, y nos honra en alto grado que el edificio más suntuoso de la ciudad sea el Hospital de los pobres.

Y bien, señores; la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* puede convocar al pueblo para la más grande, la más noble, la más cristiana de las obras a que la caridad puede llevar su mano protectora.

Cuando la sociedad o el individuo ampara a la familia que perece en la indigencia, al pobre niño que una madre infame rechaza de su seno, al mísero enfermo que gime sin amparo, o al impotente inválido que queda como una huella del flagelo de la guerra, sólo se remedian las necesidades materiales del momento, sólo se subsanan las miserias físicas a que una ley fatal somete la humanidad.

Pero cuando la sociedad o el individuo va a buscar a los niños que vegetan en la ignorancia, en el abandono, en el desconocimiento de todas las leyes divinas y sociales, para iniciarlos en los misterios de la ciencia, de la religión y de la sociedad, hay algo más que la satisfacción de las necesidades materiales, que el remedio de las miserias físicas: hay el cumplimiento de una ley divina del progreso, hay un aumento de erección moral en el universo, hay una conquista de nuevos cielos intelectuales que nos narren la gloria del Señor.

Hay más. En las obras de caridad sólo se encuentra generalmente un sentimiento de generosidad abstracta, de completa abnegación; pero en la caridad destinada a la educación del pueblo, al mismo tiempo que ese noble sentimien-

to, va comprendida la idea de la propia conservación, del sosiego y del bienestar futuros.

La *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* podrá decir a los estancieros: dad una parte de vuestras rentas para la educación del pueblo, porque si el pueblo no se educa, mañana estarán en él los elementos de la montonera que hará depreciar el valor de vuestros campos, que talará vuestros sembrados, que acabará con vuestra hacienda.

La *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* podrá decir a los propietarios de la ciudad: dad una parte de vuestra renta para la educación del pueblo en la ciudad y en la campaña, porque si el pueblo no se educa, mañana las masas ignorantes y semisalvajes se lanzarán al exterminio contra las clases civilizadas y egoístas.

La *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* podrá decir a los comerciantes todos: dad una parte de vuestra renta para educar al pueblo, porque si el pueblo no se educa, vuestro comercio llevará una vida precaria y miserable bajo la amenaza continua de los trastornos políticos, de las rebeliones y las guerras.

Y podrá decir al pueblo entero: vamos a reunir nuestros esfuerzos para educarnos a nosotros mismos, porque sin la educación no hay trabajo, ni riqueza, ni adelanto, no hay derecho de ciudad en la República, ni derecho de civilización en la humanidad.

Y cuando digo el pueblo, digo nacionales y extranjeros: todos están interesados en la educación de los niños, en el desarrollo de sus facultades intelectuales, en el perfeccionamiento de sus medios de acción. Es bajo el techo de las *escuelas comunes* donde se ha de incubar y fortalecer el sen-

timiento de la nacionalidad que reúna todas las voluntades y todos los corazones en un mismo propósito de civilización y progreso.

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, hemos creído, pues, que la caridad podría proporcionarnos los primeros elementos para empezar la obra a que debemos consagrarnos.

Pero prevengamos desde luego las objeciones de los tímidos, de los descreídos y de los pesimistas. Supongamos que la protección pública no respondiese al llamado de la *Sociedad*, y nuestros medios de acción fuesen en extremo limitados.

¿Quedarían por ese solo hecho burlados los fines de la asociación? ¿Habría fracasado el pensamiento? ¿Sería estéril el esfuerzo?

Siempre habríamos conseguido un gran resultado, cual sería el de despertar la atención pública sobre la importancia de la educación; el de haber dedicado algunas horas de estudio y meditación a esas grandes cuestiones sociales en que hoy se cifra el porvenir de los pueblos; el de haber impreso algunos movimientos galvánicos de vida y armonía a los elementos disueltos e inactivos de un cadáver.

Si tenemos fe, perseverancia y actividad, habremos justificado plenamente nuestro título honroso de amigos de la educación popular, aunque los resultados prácticos sean mezquinos porque nos haya faltado la protección del público.

Mal conocido, está en camino de curarse, ha dicho D. Domingo F. Sarmiento, y antes que él ya Horacio Mann había dicho que la idea de una mejora es la mejora en germen. Uno de los grandes fines de la *Sociedad* será el estudio práctico del mal y la concepción de las mejoras. Para eso

no necesitamos sino nuestro propio trabajo, nuestra dedicación y nuestro celo individuales.

He tenido en estos días a mano algunos libros sobre educación en los Estados Unidos, y he visto por ellos que todas las grandes reformas que sobre ese punto se han iniciado allí, mucho antes de tener la aprobación y la sanción de los poderes públicos, se elaboraban y difundían por medio de las asociaciones privadas, de las lecturas públicas y aun de los mítines populares.

En este sentido, los trabajos de la Sociedad serían trabajos preparatorios de trascendencia y porvenir.

Así, pues, desde cualquier punto de vista que se encare la cuestión, la idea de formar una sociedad que tenga por primordial objeto consagrarse a la educación del pueblo, es buena, es útil, es realizable y práctica.

Sólo los espíritus pequeños o desencantados (y el desencanto es una forma de la pequeñez) pueden retraerse o mirar con menosprecio el propósito que levantamos como bandera de una gran asociación.

Obstáculos muy insignificantes, si se observan con cuidado; razones muy chiquitas si se miran bien, son las únicas cosas que pueden oponerse a nuestro paso.

¿La debilidad de las fuerzas ante la inmensidad de la obra? Pero, por lo mismo que la obra es inmensa, que todo está por hacerse, es necesario empezar alguna vez; empezar por lo que se pueda y seguir también como se pueda.

Falta la iniciativa, la fe, el entusiasmo... Pero, por lo mismo que todo ello falta, es necesario crearlo, fomentarlo y dirigirlo. No hagamos de la impotencia un sofisma para justificar y perpetuar nuestra impotencia.

El temor del fracaso, el desengaño, el ridículo... Si esas ideas tan mezquinas predominasen siempre, no habría jamás iniciativa para una empresa nueva, arriesgada y grande.

Nosotros no debemos dar la razón a la vieja sentencia de Voltaire: "Las pequeñas consideraciones no deben ser la tumba de nuestros grandes propósitos".

Sólo una cosa es necesaria, imprescindible: que tengamos iniciativa y perseverancia.

La iniciativa yo la espero del entusiasmo, del desinterés, de la expansión que caracterizan a las almas jóvenes.

Para la perseverancia necesitamos preparar nuestra voluntad.

Que la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* no reciba en su principio un movimiento ficticio y pasajero, para después caer en la inacción y en el olvido.

El trabajo de la Sociedad debe ser incesante para dilatar sus medios de acción, para extenderse en todas las clases sociales y difundirse por todo el territorio de la República.

Que de la Sociedad puedan decirse las bellas palabras del poeta: *Viris adquirit eundo*: en su camino va recogiendo fuerzas.

Conocéis el principio fundamental de la mecánica: un cuerpo arrojado en el espacio, a no ser las influencias extrañas de otros cuerpos, continuaría eternamente en la línea infinita de su primer impulso.

Yo abrigo una esperanza. Por la grandeza de sus fines y propósitos, la "Sociedad de Amigos de la Educación Popular" ha de seguir la línea infinita de su impulso, sean cuales fueren las fuerzas reaccionarias que pretendan detenerla en su camino.

Me atrevo a pensar, como mis amigos, que no rechazaréis la idea. Si la aceptáis, tratemos de darle vida, organización y forma.

1868.

LA DECADENCIA DE LOS PUEBLOS

El mundo marcha, ha dicho Eugenio Pelletán, reuniendo, a lo Pascal, en una fórmula sencilla y brillante toda la filosofía de la historia.

El progreso continuo es la ley del movimiento humanitario; y el círculo de Vico, esa cárcel histórica de los pueblos, queda relegado al olvido de los errores ingeniosos.

El mundo moral no tiene, como el mundo físico, su órbita fija, su camino concéntrico, que deba recorrer durante los siglos de los siglos, inexorable en su marcha. Dilata a cada instante la esfera de su acción, cambia de centro y continúa su peregrinación luminosa en la órbita indefinida del progreso.

A cada paso de los pueblos que se elevan, el horizonte de la vida se extiende más y más, sin acercarse nunca, como el horizonte visible, a la mirada del que sube una cuchilla.

La humanidad marcha, y el día en que traspase la meta sagrada del progreso, los laureles del Olimpo se ceñirán en su frente: la inmortalidad le mostrará sus horizontes.

Esta es la filosofía de la historia, la epopeya de los pueblos que empieza con el mundo, se desarrolla en el progreso y sólo puede terminar en Dios; pero es necesario comprender esa epopeya y abrazarla en su síntesis inmensa.

La marcha de los pueblos es continua; pero los unos se detienen; los otros se precipitan, y muchos se extravían. Un

pueblo acelera el carro del progreso; otro lo retarda; los esclavos lo arrastran con enojo y quisieran romperlo; los tiranos lo conducen al abismo.

El progreso es necesario, es la ley; porque el edificio divino no puede, como el edificio humano, terminar en augustas pero desoladas ruinas; porque el ideal no puede concebirse condenado a vagar como un paria del Oriente, herido por el odio y el desprecio de los pueblos; pero la justicia exige la responsabilidad histórica; exige que cada pueblo lleve en sus tradiciones y en su espíritu la razón de su lugar en la escala del progreso.

El ideal se transforma y se desarrolla encarnándose. El ideal antiguo muere con Catón, y el ideal moderno se levanta con Jesús.

Ahora bien; ¿quiénes retardan, quiénes precipitan el triunfo del ideal?

Y planteando la cuestión en su verdadero sentido, ¿cuáles son los pueblos que progresan? ¿cuáles son los que decaen?

Para apreciar y comprender el corazón de un pueblo, para tener la medida de su energía y de su espíritu, es necesario observarlo, como a los grandes hombres, en los momentos de crisis, en la hora suprema que Dios les marca, para dejar la tierra de la esclavitud tradicional, y lanzarse, como el pueblo de Israel, en busca de la tierra prometida.

Llega un momento, divino por decirlo así, en que el aliento de justicia, escapado al labio de los oprimidos, hace resonar el clarín de las batallas, conmoviendo, como la futura trompeta del arcángel, hasta a los muertos en su tumba.

Los pueblos que cierran sus oídos al llamado, que nie-

gan su brazo a los combates, son los desertores del progreso, son los traidores del ideal.

Del seno de Judea se levanta la protesta de todas las injusticias del pasado, la profecía de todas las esperanzas del futuro.

El pueblo judío las maldice; empapa los labios del ajusticiado del Calvario con la hiel de la ironía; y esa ironía roe eternamente el alma del judío e imprime en sus espaldas la flor de lis de la degradación moral. El pueblo judío decae, se abisma.

Roma, la Roma de los Césares, sorda a las palpitaciones del mundo que debía engendrar una nueva civilización, pretende encerrar en el circo de los gladiadores a todos los pueblos conquistados, y los pueblos conquistados pasan sobre Roma, la deshonran en su lecho de púrpura y la hacen morir dejando con frenesí la cruz de piedra del Coliseo romano.

Roma, la Roma de los Papas, la señora de las almas, deslumbrada, ciega, ante la carrera progresiva de la humanidad, pretende encerrar a las naciones en los calabozos del Vaticano; y las naciones la desprecian y siguen su camino. Roma decae, Roma se muere.

La Revolución Francesa, como un volcán inmenso, hace estallar todos los elementos de la vida de los pueblos; arranca en sus cimientos la roca del pasado; ilumina el paisaje de la humanidad esclava.

Rusia oye, ve; pero continúa cavando el sepulcro de Polonia, y en él se derrumba para siempre.

Rusia decae; se sumerge a cada instante en sus eternos pantanos. Apenas la corona del Czar aparece fluctuando entre las ondulaciones del fango!

América tiene también su hora de protesta y de esperanza. Los pueblos acuden y levantan en la eumbre de los Andes, no el cadalso del Mesías, sino el arco triunfal de la justicia.

Un pueblo, sin embargo, se encierra en sus fronteras. Mientras San Martín trepaba las murallas de los Andes, el Paraguay levantaba sus murallas a la revolución y al progreso.

Desde entonces el Paraguay se ha apartado del Pomoerium de la civilización americana y sigue la ley inevitable de su ruina.

Tal destino pesa sobre los pueblos que en el momento supremo de su historia desconocen y maldicen su misión!

La libertad puede decir, como Jehová en el libro de Isaías: "¡Ay de los pueblos que de mí se apartan! ¡Ay de esos pueblos si me aparto de ellos!"

El cristianismo vino a proclamar la libertad de la conciencia, la reyecía del espíritu, contra el sistema de la fuerza y la religión del cuerpo, que agoviaban al antiguo paganismo. Dios habitará en el espíritu del hombre, mientras se esconda un germen de vida y de esperanza en la conciencia.

Pero cuando un pueblo ha renegado de toda iniciativa moral; cuando el corazón ha perdido sus latidos, y la razón su dignidad, y la conciencia sus derechos; cuando los hierros del cuerpo encadenan el espíritu, y el alma se abate y se humilla con la frente, la ley de Cristo queda violada, y la libertad, como Jehová, se aparta de ese pueblo. La decadencia empieza.

¿Cuáles son los síntomas de la decadencia de los pueblos?

En primer lugar, el pueblo, desertando del progreso,

deserta de la historia. Su pasado queda en ella escrito, como en la piedra de una tumba. El día de hoy es el día de mañana. La mirada, al despertar, encuentra siempre la luz moribunda de un erepúsculo sin fin. Ni la poesía, ni el amor, ni la libertad, ni el trabajo, arrancan a ese pueblo del letargo que lo abrume. En vano buscáis una señal de vida, un aliento, una palpitación, un ay! Abrid los registros de los que nacen y de los que mueren, y encontraréis los anales y los fastos de ese pueblo.

Entre tanto, el poder, la autoridad, la fuerza, se desarrollan, se cimentan, *se legitiman*. El "manzanillero" dilata su envenenada sombra.

Mientras el pueblo desnudo, hambriento, con el arma al brazo, espera en el umbral de los palacios, los césares *preparan el festín de los gusanos*.

Cuando la fuerza desborda, cuando su imperio terrible puede ya desorganizar la marcha colectiva del progreso, ella misma se lanza a buscar la ruina y la muerte en el campo de las violaciones. *Vis concili expers mole ruit sua*.

Ahora bien; ¿cuáles son los síntomas del progreso de los pueblos?

La vida se manifiesta con todo su lujo y su esplendor. La savia desberda. La actividad social trabaja incesante en la fragua del progreso y de la historia. El trabajo de los cuerpos y el trabajo de las almas se transforman y lo fructifican todo. El desierto de ayer es la ciudad de hoy. Palermo, el palacio de Rozas, es la escuela del pueblo. Cada hombre, cada clase, trabaja con *la mina de Jesús*, y concurre a formar con el sudor de sus sienes la fuente inagotable de la vida.

En esa carrera vertiginosa del progreso, rueda a veces el derecho, y se eleva la injusticia; pero aquél encuentra la mano del pueblo que lo ayuda a levantarse, y ésta cae abrumada bajo el peso del anatema.

La ley del cristianismo se realiza; la conciencia libre se rebela contra la fuerza y la injusticia.

Los pueblos que progresan son los pueblos que viven.

La *nación-cadáver*, como decía Bilbao, es la eterna amenaza de la vida.

La puerta de los sepulcros, ha dicho Víctor Hugo, no se abre por dentro.

Cuando un pueblo se encierra en un sepulcro, siempre hay un tirano que esconde con avidez la llave.

A veces es preciso que la culata de un fusil rompa su puerta.

1865.

SOBRE LA MUERTE

¿Es la muerte el aniquilamiento absoluto? No puede, no podrá jamás el hombre resignarse a la desesperación de esa idea. Ni aun le es dado comprenderla. ¿La nada? Parece una palabra, no un concepto.

El *más allá* de la vida surge como un rayo de aurora en las tinieblas caóticas de la primitiva humanidad. Ahí está helado, silencioso, inerte, el cuerpo del valeroso y formidable jefe de la tribu. Cadáver ya, infunde más temor y más respeto que en las horas de su existencia, fuerte como la piedra de las armas que todavía lo circundan. Tanto poder, tanta pujanza, ¿podrán desvanecerse en un segundo, como la niebla del espacio, como el rocío de la hierba, como el eco de los bosques, como los sueños de la noche? ¡Imposible! Duerme, descansa, o se aleja; pero volverá, terrible, vengador, a recobrar su poderío, entre sus enemigos, unos y otros constantemente perturbados por los pasos invisibles de su sombra errante. Las virtudes de la fuerza tienen la primacía de la inmortalidad en las gestaciones del espíritu del hombre al través de los tiempos. Cuando otros anhelos, otras ambiciones, otras grandezas agitan y exaltan su existencia, tampoco se resigna a verlos desvanecidos para siempre en el pavoroso abismo de la muerte, como la misma sentencia de la vida sobre el bien y el mal, sobre la gloria y el oprobio, sobre lo que debe perecer y lo que merece ser eterno.

Así, en transformaciones progresivas, se ennoblece y dilata el germen ideal de la inmortalidad, subiendo desde el

indio de la Pampa, que llena de alimentos groseros la sepultura de sus deudos para que éstos tengan fuerza en la travesía de ultratumba, hasta el cristianismo, que en la suprema hora purifica con ritos de profundo simbolismo su espíritu para ser digno de comparecer ante el Creador y contemplarlo cara a cara, según la frase sublime de Bossuet.

¡La inmortalidad! No hay en las viejas concepciones que forman el patrimonio moral de la civilización, ninguna más grandiosa ni más bella. Todas las esperanzas tienen ahí su refugio, y todos los dolores su consuelo. En la sonrisa del mártir, que en su última mirada traspasó los horizontes de la tierra para hacer pedazos el cadalso, y hasta en las lágrimas de las separaciones que llamamos eternas, brilla el iris mensajero de la vida ulterior, mitigando y corrigiendo las irreflexivas congojas de una aparente despedida. ¡Oh! No hay separaciones eternas, ni aun separaciones momentáneas, en el dogma de la inmortalidad. Paseamos el escenario de la vida teniendo por espectadores anhelosos a los seres que en él hemos amado y que desaparecieron envueltos en la misteriosa nube de la muerte. En todo instante nos contemplan, se estremecen con nuestras aflicciones y nuestras alegrías; llorosos se acercan a nosotros en el remordimiento de nuestras caídas y nos saludan sonrientes en la función de nuestras grandes victorias (que son las que obtenemos sobre nosotros mismos), hasta llegar el día en que nos llaman a su lado y nos reciben con el abrazo inefable de las almas.

Las religiones y las filosofías del pasado se esfuerzan noblemente por conservar en la conciencia humana la esperanza y el estímulo de la vida ulterior; y yo me sentiría débil para poner mis ojos en las doctrinas audaces que disipan los encantos del dogma, si no descubriese en ellas la misma idea de la inmortalidad transfigurada en concepciones que no por

ser científicas y severas dejan de ser seductoras y poéticas.

¡Sí! La muerte no es el aniquilamiento absoluto. Nada muere, nada se aniquila en el laboratorio del universo. Todo el poder del hombre se estrella ante la inminencia inexpugnable del más imperceptible de los átomos. La vida es eterna; sólo perecen sus formas transitorias para dar lugar a nuevas combinaciones de átomos, de fuerzas y de organismos que en las evoluciones de su reproducción infinita constituyen el prodigioso ritmo de la vida universal.

Esa ley del mundo físico es ley también del mundo moral. No cae la losa del sepulcro sobre los elementos descompuestos del alma. Por las leyes de la herencia, de la simpatía y del prestigio del ejemplo que cumplen y consolidan en ese mundo aun mal explorado de las acumulaciones nerviosas, llevamos dentro de nosotros mismos la vida ulterior de nuestros antepasados y de las generaciones extinguidas; y debemos forzosamente transmitirla a las generaciones que conservarán en la tierra alimentada por el polvo de nuestros huesos. ¡Guerreros, profetas, filósofos, artistas, pensadores de la más remota edad! Vuestra alma palpita en nuestras almas, que a su vez llevarán sus vibraciones vivaces hasta el alma de las más lejanas edades del futuro.

Todos los seres humanos dejan su huella en el mundo, y la suprema ambición del hombre es grabarla en luminosos y hondos surcos. ¡Qué horizontes! ¡Qué estímulos! Todo lo que nos dignifica y engrandece tiene una vida más intensa en las transformaciones progresivas de la vida. ¡Virgen pura! ¡Casta esposa! Serán fugaces como la sombra de las nubes en el lago, los hechizos de tu hermosura en el mundo; pero el perfume de tus virtudes silenciosas quedará para siempre incorporado en la trama vital de otras almas puras. ¡Héroes, mártires, todos los obreros del bien! Podéis desafiar desdeñosa-

mente las amargas y las injusticias de la adversidad; reposad en la inmortalidad de vuestra obra, que es al mismo tiempo la inmortalidad de vuestro sér. Somos los artífices de nuestro propio destino; podemos tejer la corona de la vida con las efímeras rosas del placer, o con la siempreviva de los deberes cumplidos.

¿Tienes una idea, una virtud, una gloria? Bien; entonces eres inmortal.

Así pensaba o divagaba yo en la hora de las meditaciones melancólicas a la orilla del gran Río, confundiendo con las armonías de la tarde las tristezas de las nostalgias y las inquietudes de la duda.

1871.

FRASES

En un interesante libro que acaba de ver la luz en Buenos Aires ("Ensayos", por Miguel Cané), encuentro estas palabras relativas a un célebre dicho de Royer-Collard: "Esa frase, como el *J'ai vécu* de Sièyes, me ha parecido siempre una tontería, una nimiedad... una frase, en fin".

Preseindiendo del célebre dicho de Royer-Collard, mucho me ha dado que pensar ese juicio sobre la no menos célebre exclamación de Sièyes; y con permiso del espiritual autor de "Ensayos", me atrevo a aseverar que no es justa ni verdadera su sentencia.

J'ai vécu es una frase, sin duda; pero frases son también todas las fórmulas sintéticas de los grandes pensamientos humanos, y frases son del mismo modo las expresiones en que a veces se condensa la fuerza de los más poderosos sentimientos del alma.

Desde el punto de vista histórico, esas palabras magistrales que impresionan a los contemporáneos y se transmiten a la posteridad, suelen encerrar el profundo sentido de una época, la clave de los acontecimientos políticos y de los problemas sociales.

¡Delenda est Cartago!, exclamaba el austero patricio de la vieja Roma; y esas palabras, que componen sin embargo una frase, son la síntesis suprema del espíritu que durante más de un siglo animó a los terribles políticos de las siete colinas.

¡Dios lo quiere!, decía el iluminado iniciador de las Cruzadas; y este grito, esta frase, repetida por casi todos los pueblos de Europa, explica por sí sola el sentimiento que arrastró a tantos millones de hombres a la más quimérica e insensata de las empresas guerreras.

L'Etat c'est moi!, dice un día Luis XIV, como Napoleón dirá más tarde, asumiendo con jactancia la responsabilidad terrorista del asesinato de Enghein, *Moi, je suis la révolution!*; y esas frases condensan en su quinta esencia el egoísmo, la soberbia, la embriaguez de la dominación absoluta.

¡Après moi le déluge!, se permite decir el sucesor de Luis XIV; y esta frase, que conocen todos los hombres cultos de la tierra, quedará eternamente como típica expresión de esas ambiciones sensuales, vulgares, que se contentan con la materialidad del poder y con sus pompas de pavo real, sus alegres bodas de Camacho, sus majestuosas orgías, sin pensar un solo momento, no ya en el porvenir del pueblo que esclavizan, pero ni siquiera en la solidez del yugo que transmiten como única herencia y tradición de su dominio. ¡Después de mí el diluvio! Está sintetizada en esa frase toda la filosofía política de don Pedro Varela. El diluvio no esperó sin embargo a que él se fuera, y aun es fama que a él mismo lo cogió la lluvia en uno de los salones del Fuerte: ¡parece que en el Ministerio de la Guerra había goteras!

Esta reminiscencia local y contemporánea, puede servir, de paso, para recordar que esas grandes frases, recogidas por la leyenda o por la historia, tienen a menudo, además de su alcance inmediato y oportuno, una significación moral que se extiende a todas las situaciones análogas de los hombres o de las sociedades humanas. Recordemos a Cicerón cuando,

engreído por un triunfo efímero, exclama en el Senado Romano: *Caedant arma togae!* ¡Cedan las armas a la toga!, y César lo escuchaba! Estaba próximo a estallar el molde de la vieja república. Las antiguas libertades sucumbían con la desmoralización de las costumbres. La descomposición de los partidos y el encono de las facciones abrían paso al reinado de la fuerza.

1871.

EN EL BANQUETE A SARMIENTO

Señor Sarmiento:

Sería para mí una satisfacción inmensa tener, como tengo, en este acto la representación de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, del Ateneo del Uruguay y de los escritores de la prensa de Montevideo, si no debiera esa representación, tanto como a la benevolencia de mis compañeros, a una circunstancia dolorosa para todos los ecrazones orientales. Si viviese José Pedro Varela, él estaría en mi puesto y tendría la palabra, no sólo como uno de los fundadores de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, como miembro activo, tantas veces presidente del Ateneo del Uruguay, y como periodista veterano, sino también, y muy especialmente, como el primer educacionista que un día, en su primera juventud, visitando a los Estados Unidos, llamó a las puertas de vuestra amistad hospitalaria, y bajo vuestra protección y vuestros consejos adquirió la vocación de un futuro apostolado, comprendiendo y admirando el hermoso espectáculo de la educación del pueblo como madre fecunda de aquella inmensa colmena formada por el trabajo y la libertad de 40.000.000 de hombres.

Puede bien decirse que al organizar este banquete, por iniciativa del Dr. D. Carlos M. de Pena, hemos tratado de cumplir una cláusula no escrita pero sí sentida de nuestras almas, del testamento de José Pedro Varela. Celebramos en

Sarmiento al educacionista y al literato. Acaso la voz del educacionista no habría bastado para despertar en el espíritu inquieto de nuestro malogrado amigo el amor a la causa poco ruidosa, poco deslumbrante, de la educación del pueblo. Debía unirse también a la exhortación y el consejo, esa poderosa inspiración de los grandes escritores, que sabe dar a la palabra la fuerza de un cincel que esculpe ideas, sentimientos, tendencias, hábitos, en el alma de los individuos y en la sociabilidad de los pueblos.

Fue de esta manera contagiosa vuestra gloriosa manía de la Educación Popular; y a ella le debemos los progresos escolares que habéis tenido ocasión de conocer y que son nuestro consuelo, nuestra luz, en estas horas perturbadas y oscuras.

Celebramos al educacionista. Hállase aquí representada la Sociedad de Amigos de la Educación Popular. Doce años lleva de existencia, y no ha dejado un día de velar por la causa de su civilizadora institución. Aun cuando no fuese más que la solidaridad y la fraternidad del trabajo, obliganla a participar de esta demostración afectuosa al viejo obrero que lleva cuarenta años de labor, casi nunca interrumpida, en la misma obra generosa, de ambos lados de la Cordillera de América, al Sur y al Norte, doquier lo ha llevado la ola de su voluble destino.

Solidaridad, fraternidad, y, al mismo tiempo, cierto amor propio, cierta vanidad, con que apreciamos vuestro encumbramiento los que tenemos el hábito, tal vez poco ortodoxo, de mirar en cada escuela un templo, y en cada profesor digno de ese nombre, un sacerdote. ¿Por qué? Porque antes de brillar con luz intensa en lo alto de la montaña habéis sido

una luciérnaga perdida en el valle de la instrucción primaria; porque habéis reglado las páginas en que los niños escriben en las primeras planas, antes de reglar las Pampas con el alambre de los telégrafos eléctricos y el riel de los ferrocarriles; porque habéis tenido la palmeta del humilde maestro antiguo, antes de tomar en vuestras manos el bastón presidencial de Rivadavia!

También el Ateneo del Uruguay estaba obligado a participar del tributo de honor dedicado al educacionista eminente.

Habéis pensado que no basta la instrucción primaria para civilizar y engrandecer a los pueblos. Hanse derrumbado las fuerzas artificiales que en la sociedad antigua servían, ya de contrapeso a la movilidad popular, ya de motores a las grandes transformaciones sociales, necesarias y oportunas. Es indispensable reemplazar esas fuerzas, y la sociedad moderna no puede hacerlo sino con los elementos de una alta cultura intelectual a cuyos representantes confía el pueblo la gestión de las ideas y las aspiraciones que lo agitan.

Por eso, cuando habéis ejercido el poder, os hemos visto — y lo recuerdo sin juzgar la naturaleza o la política de vuestra administración; — os hemos visto, digo, fundar un colegio superior en cada una de las provincias argentinas, traer profesores de las famosas Universidades alemanas, instalar gabinetes de física, laboratorios químicos, ricas colecciones científicas en todos los grandes establecimientos de instrucción.

La ciencia, en nuestro tiempo, es un interés de la humanidad que, sin dejar de pertenecer a la iniciativa individual,

ha entrado a formar parte de la actividad del gobierno. Penetrado de esa idea, habéis aspirado al título de conquistador y lo habéis conseguido... sin desenvainar la espada. Vuestra conquista ha sido incruenta: habéis entregado la mitad del cielo al dominio científico de la República Argentina. Los estudios del hemisferio austral se han rendido al telescopio del sabio D. R. Gould y, lejos de protestar contra el yugo de la conquista, en signo de vasallaje, han depositado su imagen en las máquinas fotográficas del Observatorio Astronómico de Córdoba.

El Ateneo del Uruguay, que aspira al desarrollo de la alta cultura intelectual y que dedica su acción al estudio y adelanto de la ciencia, no podía, pues, ser indiferente a la hospitalidad de tan distinguido compañero de causa, y él, como la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, saluda en el señor Sarmiento al soldado vencedor de esta divisa gloriosa, que también es la nuestra: Pueblos ignorantes son una masa inerte que la tiranía aplasta y la demagogia tritura. ¡Guerra a la ignorancia!

Pero no sólo celebramos al educacionista: celebramos también al literato.

Estamos aquí reunidos actuales y antiguos periodistas de Montevideo. Si nos conociérais más a fondo, sabríais que no deja de ser curioso este fenómeno. Tiene nuestro horizonte político como veintitantos puntos cardinales; y debe ser mucha la fuerza de atracción de vuestro nombre, cuando ha logrado que de todos ellos venga algún representante a saludar con la copa llena del vino escanciado por la fraternidad del festín. Oh! la vida es un combate. La lucha por la existencia, que se extiende desde el fondo de los mares hasta

las cumbres de las montañas, arrastra también a la humanidad en su vértigo violento e insaciable. Hay el combate exterior que es de cada día, y hay el combate interior, que es de toda hora, porque llevamos dentro de nuestro corazón un verdadero campo de batalla, donde acampan alternativamente vencedores nuestras alegrías y penas, nuestro amor y nuestros odios, nuestras buenas y nuestras malas pasiones! Una hora de fraternidad y olvido refresca y vivifica como un oasis en la peregrinación del desierto. Ponemos esta hora bajo los auspicios de vuestra alta reputación literaria!

Sois, en la política de vuestro país, un tory de vieja roca británica. No ignoráis, sin duda, que en todas estas tierras abundan los whigs, los radicales, hasta los cantores entusiastas de la Marsellesa. Si fuéramos a discutir ideas entre todos, acaso serían cortos vuestros días y aun los nuestros para agotar la materia; pero hay un punto en que nos ponemos todos de completo acuerdo. Os reconocemos y admiramos como uno de los más grandes escritores de América, y quien dice de América, dice también del mundo.

El estilo es un organismo en vuestra pluma y en vuestros labios. Vuestra frase tiene todas las palpitaciones y todos los movimientos de la vida. Vuestros buenos escritos nos sacuden como una descarga eléctrica. Bajo vuestro numen, todo se precipita en un desorden grandioso y fecundo. Es el pensamiento intenso y la imagen imponente; el romance y la historia; la elegía y el himno; el idilio y la invectiva, y la ironía y el llanto, y la travesura del panfletista con la observación penetrante del filósofo: todo mezclado y confundido, como los árboles y las enredaderas de la selva virgen.

Uno de vuestros jóvenes amigos, Lucio Vicente López,

me facilitó, siendo yo casi un niño, vuestro admirable "Facundo". Leí la primera página; seguí leyendo, y me devoré aquel libro sin levantar la cabeza, sintiendo al fin una embriaguez como no espero recogerla de las libaciones del banquete dado en vuestro honor. Michelet y Sarmiento son los únicos escritores que producen en mí esa impresión extraña: tal vez interprete en ella la de todos mis colegas. Vuestros "Recuerdos de Provincia", vuestros "Viajes", vuestro libro sobre las Escuelas, contienen muchas de esas páginas, que son de bronce para el porvenir.

¡Habéis enriquecido también las letras argentinas con arengas que las generaciones leerán y volverán a leer en vuestra patria. Mientras flote la bandera de Belgrano sobre el haz de la tierra, los hombres recordarán el himno que le habéis consagrado, y cuando una tumba querida nos pida un pensamiento tierno a cualquiera de los hijos del Plata, evocaremos la memoria de vuestra alocución ante el féretro de Rosario Vélez.

En América, casi nunca el literato va separado del periodista. Tenéis en el oficio más años de trabajo que de edad la mayor parte de los periodistas presentes. Sois el periodista que adoctrina y el periodista que batalla. No hablaré de vuestras doctrinas, pero sí diré que sois un batallador formidable. Perteneceis a la raza fuerte de los septuagenarios que, como Gladstone, pronuncian ochenta discursos consecutivos en una contienda electoral y como Disraeli hacen política militante hasta en los remansos cuando no pueden hacerlo en el gobierno.

Os hemos visto recientemente, encorvado bajo el peso de los años y de la experiencia, como pinta a sus sibilas Mi-

guel Angel, ir a la prensa diaria y batiros sonriente o furioso, con redactores y cronistas de periódicos en una de esas polémicas que ponen a prueba la energía y la flexibilidad de los espíritus jóvenes. Teníais o no teníais razón; pero de todas maneras erais el atleta de la prensa, siempre joven, siempre altivo, siempre lleno de fe y de entusiasmo para defender su causa! Necesitábamos honrar este ejemplo nosotros, ayer bajados a la arena, y tan a menudo entristecidos, acobardados por la fatiga oscura del combate. Por eso hemos acompañado a la Sociedad de Amigos de la Educación Popular y al Ateneo del Uruguay en las expansiones de esta fiesta. Por eso, todos reunidos, vamos a levantar la copa, general Sarmiento, para brindar a vuestra salud y a vuestra prosperidad.

1881.

CARLOS MARIA RAMIREZ "EXTRANJERO"

Carlos María Ramírez, domiciliado en la casa calle Treinta y Tres N.º 250, ante V. E. respetuosamente comparezco y digo:

Que no obstante ser el fondo de este escrito una petición que podría formularse en breves palabras, V. E. se servirá disculpar si hago preceder esa petición de explicaciones que requiere la especialidad de mi posición personal respecto de lo mismo que vengo a solicitar. Cuando el año 1843 don Manuel Oribe invadió la República Oriental del Uruguay, mis padres emigraron al Brasil, estableciendo su residencia en la Provincia de Río Grande del Sur, sobre su límite fronterizo con el territorio Oriental. Allí nací yo en diciembre de 1847. Mi padre es natural de Montevideo, y mi madre era natural de Buenos Aires.

Numerosos emigrados orientales y argentinos vivían entonces agrupados en las hospitalarias fronteras brasileras, esperando ansiosos el momento de volver a la tierra natal, jamás ausente del espíritu de los refugiados políticos. Los que nacían en esas agrupaciones de emigrados, nacían verdaderamente bajo las banderas de la patria de sus progenitores, y se habituaban a amar a esa patria con tanto más fervor cuanto que la vislumbraban misteriosamente, llena de sublimes prestigios, al través de las graves preocupaciones que ella inspiraba al padre y de las hondas emociones que por ella palpitan en el corazón de la madre.

Apenas terminada la guerra civil, en octubre de 1851, regresó mi familia a Montevideo. Tenía yo entonces cinco años de edad, y no he vuelto al Brasil sino como representante diplomático del gobierno de mi país.

Jamás se me ocurrió que era ni podría ser otra cosa que oriental. A los diecisiete años, en 1865, me enrolaba y servía personalmente en la Guardia Nacional de Montevideo, en el batallón que entonces comandaba don Juan Pedro Castro, y nunca he dejado de cumplir mis deberes de ciudadano en las diversas luchas armadas que el país ha soportado desde aquel año hasta 1875. En abril de 1872 fui nombrado Fiscal de Gobierno y Hacienda por el gobierno del señor Gomensoro, y en agosto de 1873, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Brasil, donde permanecí con esa investidura oficial hasta febrero de 1875.

Así, pues, he estado constantemente en el goce de mis derechos políticos; y ya que he recordado los favores, recordaré también que por mis convicciones y responsabilidad de ciudadano oriental he sufrido ya más de un destierro y más de una emigración.

Sin embargo, yo no he solicitado ni tengo carta de ciudadanía.

Según el art. 8.º de la Constitución, *son ciudadanos legales los hijos de padre o madre natural del país, nacidos fuera del territorio del Estado, desde el momento de avcindarse en él.* Esta disposición, que figura en todas las legislaciones del mundo, me ha parecido siempre de un carácter eminentemente imperativo. Por el hecho de haber regresado mi familia al seno de la patria en 1851, y residir yo desde entonces en el territorio oriental, me creía sujeto a todas las obligaciones de la ciudadanía y en el goce de todos sus derechos, sin necesidad de manifestar mi voluntad a tal respecto, ni de

recibir un título que aparentase otorgarme lo que me pertenece por la naturaleza, por el corazón y por la ley general de las naciones.

Yo veía en mi país ejercer los más altos puestos públicos a personas que no habían nacido en su territorio y que tampoco se habían creído obligadas a solicitar carta de ciudadanía: Don Joaquín Requena, don Mateo Magariños Cervantes, el general Possolo, el general Rebollo, etc., etc. Mi nacimiento accidental en el extranjero, en época de horrible conflagración para la patria de mis padres, todavía me daba una superioridad de posición respecto de las personas nombradas; y subía la exaltación de mis sentimientos patrióticos cuando veía que la República Argentina había declarado ciudadanos naturales a todos los hijos de argentinos nacidos en tierra extraña durante las emigraciones políticas de 1830 a 1852.

La ley de 20 de julio de 1874 vino a interpretar el art. 8.º de la Constitución, de una manera más razonable que la de 1853, estableciendo diferentes trámites para la determinación de muy diversos casos de ciudadanía legal. Esa ley me sorprendió desempeñando la misión diplomática a que antes me he referido, y sólo Dios sabe las torturas morales que me impuso.

Una asamblea que yo aceptaba como representación legítima del país, y en la cual tomaban asiento las primeras "ilustraciones" nacionales, confirmaba, en términos más aceptables la necesidad del requisito de una carta, oficialmente otorgada, para el ejercicio de toda ciudadanía legal; y me sentí desde entonces moralmente obligado a respetar esas nuevas disposiciones legales, formando el propósito de cumplirlas así que pudiera regresar a Montevideo.

Han transcurrido, sin embargo, algunos años, y no he llenado mi propósito, ya porque los tiempos han sido de agi-

tación constante para mí, ya porque siempre que he tomado la pluma para escribir la solicitud que ahora escribo, me han vencido la humillación y el dolor de pedir lo que yo tengo conciencia de que es mío y que nadie puede concederme ni quitarme. Por eso, más de una vez he llegado a fijar mi resolución en la idea de no conservar sino las cargas de la ciudadanía, renunciando para siempre a todos sus beneficios eventuales.

Sin embargo, una reciente publicación me persuade de que aun para llamarme oriental, fuera de todas las posiciones oficiales, en la oposición o en el peligro, necesito llenar los requisitos impuestos por la ley de 1874, y vengo, consiguientemente, a llenarlos.

Lejos están ya los tiempos épicos en que el general Pacheco y Obes, nacido en Buenos Aires, decía ante un jurado de París: "Si existiera la vieja Roma en todo su esplendor, no cambiaría mi título de ciudadano oriental por el de ciudadano romano; pero mientras ese título exista, sentiré orgullo en usarlo y no me resignaría a tener ningún otro".

Las partidas parroquiales que acompaño, justifican que me hallo en el caso del art. 3.º de la ley citada.

Por tanto, a V. E. pido se sirva mandar inscribir mi nombre en el registro de ciudadanía legal y otorgarme la correspondiente carta, con arreglo a los arts. 4 y 13 de la misma ley.

Es justicia, etc.

1887.

LA INDEPENDENCIA NACIONAL

(Discurso pronunciado en la plaza de la ciudad de Paysandú
el año 1879)

Recojo en mi corazón, de los purísimos labios de la infancia, las últimas notas de ese himno cuyas estrofas valientes y severas resuenan como golpes de un escudo guerrero en mis oídos ya habituados a la enervación y la molición, y evocan involuntariamente en mi espíritu los gloriosos recuerdos de este sitio, un día no lejano convertido en altar sangriento de sacrificio heroico y sublime.

La solemnidad del sitio se agrega a la solemnidad del momento, y me siento débil y pequeño para interpretar el pensamiento de la comisión que tengo el honor de presidir; débil y pequeño para poner mi palabra a la altura de los sentimientos que me agitan y agitan, sin duda, al pueblo congregado.

Dentro de breves instantes el hilo eléctrico nos anunciará que quedó inaugurado en la Florida el Monumento a la Independencia de la República.

El fausto mensaje circulará a la vez en todos los pueblos de la República, y todos los corazones verdaderamente orientales, por el nacimiento o por la simpatía, vibrarán unísonos, cual movidos por los efluvios de esa electricidad moral con que el amor a la patria une a todos los buenos hijos de una misma tierra.

Nosotros, que hemos adorado y levantado tantos ídolos

— ¡tántos ídolos de barro! — en los días tempestuosos de la lucha y en estas horas sin luz de la fatiga, no habíamos tenido un solo recuerdo de mármol ni de bronce para honrar a los héroes y conmemorar las hazañas de 1825. Parecíamos poseídos de un patriotismo iconoclasta; la religión nacional del culto cívico no tenía un solo templo, un solo monumento levantado en nuestras villas y ciudades. El viajero que las hubiese visitado habría podido preguntarse: ¿qué pueblo es éste, que no cuenta en sus anales una de esas tradiciones gloriosas, de todos aceptada, de todos venerada, digna de ostentarse al mundo en mármoles y bronceos imperecederos?

De hoy en adelante todos podremos decir: "Viajero! Si deseas saber que también tenemos tradiciones heroicas, acércate al Monumento que conmemora la Independencia de la República. Habrás visto en otras tierras monumentos más lujosos y soberbios, obra tal vez de los esclavos que regimenta el despotismo para embellecer las cercanías de su alcázar, o de la ambición criminal que convierte en gloria humana el insensato abuso de la fuerza; pero no habrás encontrado a tu paso, condensadas en mármol palpitante por la mano del artista, ni glorias más puras ni grandezas más altas!"

Ocupamos sin duda un punto reducido en la corteza del globo, que a su turno sólo es un glóbulo de espuma en el inmenso mar de la creación. Hay, empero, un mundo moral donde la ley de las proporciones y la ley de la fuerza se transforman asombrosamente; donde una pequeña batalla de Washington o de Bolívar tiene los mismos resplandores de una colosal victoria de Napoleón I; donde Guillermo Tell, el héroe de las áridas montañas, es tan grande como Bruto, héroe de la vasta República Romana, y donde una lágrima de Polonia pesa más que el formidable cetro de los Czares.

Concentrar en el alma un pensamiento santo, un destello

del ideal; poner a su servicio una resolución heroica; romper el molde de los acontecimientos, creándolos por la sola fuerza de la voluntad; arrancar la victoria del carro de los fuertes para uncirla al carro de los débiles; convertir en realidad viviente, en hecho victorioso y definitivo, la utopía de un instante, condenada al absurdo por todos los principios de la lógica y todos los consejos de la previsión y la prudencia. — ¡oh! no puede subir más alto la grandeza humana, y esa grandeza es la grandeza de *los treinta y tres orientales* cuando se lanzaron a desafiar el poderío de un opulento Imperio del gran Monarca que sus destinos regía.

Paréceme que veo en este instante sus figuras trazadas por la mano maestra de nuestro gran pintor... Asoma el sol de 19 de abril de 1825. Acaban los héroes de pisar las húmedas arenas que besa el Uruguay; flotan todavía en las costas las débiles barquillas que han cruzado el Plata llevando los destinos y la libertad de un pueblo.

Allí están. Palpita en ellos el alma de la patria, que se expande al respirar sus auras. Un fuego heroico anima sus miradas; una fuerza extraña parece crispar todos sus músculos; y allí, reunidos en indefinible grupo, juran sobre sus aceros inmortales redimir la patria o sucumbir gloriosamente en la demanda. ¡Oh! quién pudiera detener el curso inexorable de los tiempos y cerrar el libro fatal de la memoria, para contemplarlos siempre así, jóvenes gallardos paladines de la patria, antes de que la guerra civil extendiese entre ellos la nube roja de los odios y rompiese la santa unidad moral de nuestra tierra, cuando todos eran puros y habría parecido una blasfemia horrible pensar que la vida de aquellos hombres no sería para siempre sagrada e inviolable para nuestro suelo.

El Monumento levantado en la Florida no conmemora

únicamente la portentosa hazaña de *los treinta y tres orientales*. En aquellos grandes días, el ciudadano no fue menos heroico que el soldado. Casi todos los orientales tenían entonces temple de metal, y al lado del guerrero se alzaba el estadista como firme columna de la patria. ¡Una asamblea era en aquel entonces una fuerza!; y la Conquista sintió estremecerse su poder cuando la Asamblea de la Florida hizo llegar a su oído y proclamó ante el mundo que el pueblo oriental “de hecho y de derecho era libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo”. Nunca el derecho y la justicia hablaron en lenguaje más altivo sin otro apoyo eficaz que la explosión de la conciencia humana y del sentimiento patrio, porque entonces, el 25 de agosto de 1825, la victoria no había sonreído todavía a los patriotas, y la empresa libertadora aparecía apenas como una calaverada heroica.

Una marcha forzada habría bastado al poderoso ejército que hacía flamear la bandera auriverde en los muros de Montevideo, para llegar y encontrar indefensos el pueblo donde aquel Senado augusto promulgaba sus decisiones solemnes; mas — ¡qué importa! — en el trance supremo, a semejanza de los viejos patricios de la antigua Roma, ellos habrían esperado la cuchilla del invasor a la puerta del recinto que guardaba el eco de sus declaraciones inmortales.

La idea se hizo verbo: el verbo se hizo ley. ¡Id a cumplirla!, dijeron los próceres de la Florida; y muy luego Rivera la hace imperar con su astucia en los campos de Rincón, y Lavalleja resplandecer con su sable en las orillas del Sarandí.

El rumor de ese combate glorioso se dilata hasta la pirámide del pueblo de 1810. ¡Estaba encadenada la victoria!

Y ella seguirá arrastrando nuestro carro y el de los hermanos que en nuestro auxilio acuden hasta el último confín de nuestros mares y hasta el propio suelo de los conquistadores.

La revolución de Mayo, invocando disidencias que hubieran podido conjurarse, que en todo caso hubiera debido respetar, movida por una diplomacia siniestra, había llegado en su extravío hasta el crimen de estimular la conquista de nuestro suelo, tendiendo la mano, en la sombra, al invasor. Sabemos que hay manchas que no bastan a borrar todos los perfumes de la Arabia; pero esas mismas se borran a veces con los perfumes de la gloria; y para borrar esa mancha de la revolución de Mayo fue menester toda la gloria de Alvear en Ituzaingó y toda la gloria del almirante Brown en las azuladas aguas de ese Río que todavía murmura himnos de victoria entre los camalotes del Juncal.

Todos estos recuerdos gloriosos cobran nueva vida y parecen rodearse de una acción magnética, bajo la evocación del monumento que la gratitud nacional ha levantado en la Florida. Parece que se descubriera el luminoso panorama de la vida a un enfermo largo tiempo privado de luz y de aire libre.

El corazón redobla sus latidos como un tambor de guerra. Se despiertan las fibras del patriotismo amortiguado y vibran los resortes enmohecidos de la cívica virtud. Se respira en el ambiente de la esperanza. Y yo pregunto: Con tradiciones tan bellas y tan nobles para fundar una nacionalidad gloriosa, ¿por qué no hemos de vivir, al fin, todos unidos, en la libertad y en la justicia, sin dejarnos arrastrar por las sacrílegas luchas del pasado y sin prestar el cuello a la ignominiosa servidumbre, igualmente enemigos de la anarquía

y del despotismo: de la anarquía que todo lo corrompe, y del despotismo que no funda sino dominaciones efímeras y sangrientas?

Un ministro británico recordaba há pocos días que nuestro suelo es más grande que el de Inglaterra unido al país de Gales; mayor aún que el territorio reunido de Bélgica, Portugal y Grecia. No es tan pequeña entonces la herencia de nuestros antepasados; y si supiéramos amarla, si supiéramos cultivarla, haríamos fácilmente de ella, no por cierto un coloso (que es a menudo un monstruo), pero sí un organismo serio y fecundo en la civilización de América.

Por nuestra admirable situación geográfica y por la ausencia de preocupaciones que son el lote de las viejas sociedades, debemos ser la nación más hospitalaria del mundo.

Envíenos España, vieja madre, el contingente de su sangre generosa; Francia, sus nobles hijos del 89; Italia, los compatriotas de Colón, Gaboto y Garibaldi; Inglaterra, sus caracteres serios y viriles; Alemania, sus hijos fuertes para el pensamiento y el trabajo; Suiza, sus demócratas modelo, y todos los pueblos del mundo, la exuberancia de su savia humana para fundar, con la evolución del trabajo y la sucesión de los tiempos, una nacionalidad generosa y expansiva, que sea la alianza y la fusión de todas las actividades de los hombres.

Vengan todas las religiones, todas las ideas, todos los sistemas a vivir tranquilos bajo el amparo de la libertad del pensamiento, depurándose por la contradicción pacífica, trabajando y modelando los espíritus, preparando así las soluciones definitivas y armónicas que serán para el individuo la religión del deber, y para el ciudadano, la religión de la ley.

Pero cuán lejos estamos y cuán indignos somos de esa grande obra civilizadora con que únicamente podríamos corresponder a la grande obra emancipadora de nuestros antepasados! Tenemos aquí, a nuestro lado, envuelta en los últimos rayos del triste ocaso de la vida, a esa noble anciana que lleva el nombre ilustre del jefe de los Treinta y Tres Orientales; y, representando en ella a la casi extinta generación de 1825, podemos apenas enseñarle con orgullo esos centenares de niños que vienen bajo el santo báculo de la educación popular a celebrar los fastos nacionales, y entonan con sagrado entusiasmo el viejo himno de la patria y anuncian sin duda una generación más libre, más viril, más pura, más digna de llevar ofrendas al Monumento de la epopeya nacional.

Los iniciadores de esta fiesta sentirían colmadas sus aspiraciones si en ella recoge la hermana del Héroe una sonrisa, antes de partir a la región ignota donde se hacen las almas confidencias para que lleve hasta el espíritu de los Héroes un rayo de la aurora de esperanza que surge de esas frentes infantiles.

Para ellas, que encierran el porvenir, pidamos la bendición de Dios, y para las grandes glorias del pasado, la eterna veneración de los hombres!

INDICE

	<i><u>Pág.</u></i>
Grandeza e infortunios de Bolívar	5
Sobre el "Facundo"	17
En la Sociedad de Amigos de la Educación Popular	19
La decadencia de los pueblos	31
Sobre la muerte	37
Frases	41
En el banquete a Sarmiento	45
Carlos María Ramírez "extranjero"	52
La independencia nacional	57

*BIBLIOTECA DE LA "SOCIEDAD DE HOMBRES DE
LETRAS DEL URUGUAY"*

Volúmenes publicados:

I. Víctor Pérez Petit, LOS COMPAÑEROS DE RODO:
CARLOS MARTINEZ VIGIL.

II. Francisco Bauzá, ESTUDIOS LITERARIOS.

III. Daniel Muñoz (Sansón Carrasco), ARTICULOS.

IV. Samuel Blixén, COBRE VIEJO.

V. Julio Herrera y Obes, ESCRITOS.

VI. Carlos María Ramírez, APUNTES Y DISCURSOS.